

SECH

AÑO 1. JULIO DE 1936 N.º 1.

Edición de la Universidad de Chile

Contenido:

Sech

Dos cartas inéditas de Lastarria a don Ambrosio Montt.

Manuel Rojas, *José Martí y el espíritu revolucionario en los pueblos.*

Enrique Espinoza, *La actualidad de Heine.*

Enrique Heine, *Lo que pasa en Francia.*

Ernesto Montenegro, *Ensayo sobre el Ensayo.*

Miguel de Montaigne, *Prefacio de los Ensayos.—Del arte de conversar.*

John Strachey, *Literatura y Capitalismo.*

Manuel Espinosa, *Informe sobre el Premio Literario de la Municipalidad de Santiago, 1935.*

Una conversación con Luis Franco.

Los escritores y la prensa.

Walt Whitman, el creador y el trabajador octogenario.

Bibliografía.

REVISTA DE
SOCIEDAD DE
CRITORES DE CHI

Lo que pasa en Francia

Introducción al artículo VI

París, 19 de Abril de 1832.

No pretendo robar a los talleres de los partidos su trivial escala para medir con ella los hombres y las cosas; aún menos pretendo determinar el valôr y la magnitud de unas y otras conforme a los sentimientos y deseos particulares, sino que más bien deseo, sin partido preconcebido, procurar la inteligencia del presente y buscar, ante todo, en el pasado la clave del ruidoso enigma del día. Los salones mienten; las tumbas son veraces. Pero, ¡ay!, los muertos, fríos recitadores de la historia, hablan en vano a la muchedumbre embravecida, que sólo comprende el lenguaje de la pasión.

Cierto es que los salones no mienten a sabiendas. La sociedad de los poderosos cree sinceramente en la duración eterna de su poder, aunque los anales de la historia universal, el llameante *Mene-Tekel* de las hojas diarias, y hasta la clara voz del pueblo en las calles, prodiguen sus advertencias. Tampoco los corrillos de la oposición mienten deliberadamente; se creen muy seguros de vencer, como, en general, los hombres creen siempre lo que desean; se embriagan con el champagne de sus esperanzas, interpretan cada contratiempo como un acontecimiento necesario que los acerca más a la meta. En la víspera misma de su perdición irradian confianza, y el mensajero judicial que les notifica legalmente sus derrotas les suele encontrar disputando la piel de oso. De ahí esos errores de visión a los que no se puede sustraer quien se aproxima a uno u otro partido; todos se engañan sin querer, y nos fiamos preferentemente de aquellos amigos que piensan como nosotros. Si por azar somos de carácter tan indiferente que, sin inclinación particular, nos tratamos de continuo con todos los partidos, entonces nos confunde la seguridad y suficiencia que advertimos en todos ellos y nuestro juicio queda fastidiosamente neutralizado. Hay indiferentes de esta clase, que no tienen opinión propia ni participan en los intereses de la época, que sólo quieren esclarecer lo que en verdad acontece y, por tanto, escuchar las murmuraciones de todos los salones y prestar la *chronique escandaleuse* de cada partido en la casa del otro.

Se tropieza con muchos indiferentes de esta clase que dondequiera no ven más que personas y no cosas, o que más bien en las cosas sólo ven las personas, y que profetizan la ruina de aquéllas porque conocen la debilidad de éstas y, por ésto, guían a los errores y faltas más perniciosas a sus respectivos comitentes.

Tengo que llamar aquí particularmente la atención sobre la desproporción que existe actualmente en Francia entre las cosas, es decir, los intereses materiales y espirituales, y las personas, es decir, los representantes de estos intereses. Cosa distinta ocurría a fines del siglo pasado, en que los hombres todavía colosales se elevaban a la altura de las cosas, de suerte que formaron en la historia de la Revolución el tiempo heroico, por así decir, y que como tales son ahora celebrados y amados por nuestra juventud republicana. ¿O es que nos engaña, en este respecto, el mismo error que encontramos en madame Roland, que en sus *Memoires* se queja amargamente de que entre los hombres de su tiempo no hay uno solo importante? La pobre mujer no conocía su propia grandeza y no advertía, por tanto, que sus contemporáneos eran ya bastante grandes, porque en nada cedían a ella en cuanto a estatura espiritual. Todo

el pueblo francés ha crecido tan vigorosamente en altura, que acaso seamos injustos con sus representantes públicos, que, si no sobresalen especialmente de la multitud, no por eso deben ser llamados pequeños. Ahora ante el crecido bosque, no se pueden ver los árboles. En Alemania vemos lo contrario: una cantidad superabundante de troncos mutilados y pinos enanos, y entre ellos, aquí y allá, algunas encinas gigantes, cuya cabeza se alza hasta las nubes, mientras abajo los insectos roen el tronco.

El día de hoy es el resultado del de ayer. Si queremos saber lo que aquél quiere, debemos averiguar lo que éste ha querido. La Revolución es una y la misma; no es, no, como quisieran hacernos creer los doctrinarios, por la Carta por lo que se peleó durante la gran semana, sino por los mismos intereses de la Revolución, a los que se ha sacrificado la mejor sangre francesa desde hace cuarenta años. Pero para que no se vea en el autor de estos artículos uno de esos predicantes que por revolución sólo entienden trastorno y derrumbamiento y toman por lo esencial de la revolución los hechos fortuitos, quiere dejar definido, con la exactitud posible, el concepto fundamental.

Cuando la cultura espiritual de un pueblo y las costumbres y necesidades que de ella nacen no están ya de acuerdo con las viejas instituciones del Estado, entra necesariamente con éstas en una colisión que tiene por consecuencia su transformación, y se llama una revolución. Mientras la revolución no está terminada, mientras la transformación de las instituciones no concuerda por entero con la cultura intelectual y las costumbres y necesidades del pueblo emanadas de ella, la enfermedad del Estado, por así decir, no está completamente curada, y el pueblo enfermo, sobreexcitado, caerá muchas veces en la calma desmayada del abatimiento; pero en seguida, arrebatado de nuevo por el ardor de la fiebre, arrancará de sus viejas heridas los vendajes más ceñidos y recios y las hilas más benéficas, arrojará por la ventana los enfermeros más generosos y, dolorido y desazonado durante mucho tiempo, se revolverá de un lado y de otro, hasta encontrarse colocado por sí mismo entre las instituciones adecuadas.

Las preguntas de si Francia ha llegado al reposo, de si esperamos nuevos cambios políticos, y, por último, cuál será el fin de todo ello, estas preguntas debían ser formuladas más exactamente de este modo: ¿Qué impulsó a los franceses a iniciar una revolución? ¿Han alcanzado lo que necesitaban? Para responder a estas preguntas, en los próximos artículos trataré del comienzo de la Revolución. Esta tarea es doblemente útil, porque al tratar de explicar el presente por el pasado, al mismo tiempo se hace notorio cómo éste, el pasado, sólo en función de aquél, del presente, encuentra su comprensión más recta, y como cada nuevo día arroja una nueva luz sobre él, cosa de la cual nuestros «escribidores» de manuales no tienen la menor sospecha. Ellos creían que los actos de la Revolución estaban cerrados, y, en consecuencia, ya habían pronunciado su último juicio sobre hombres y cosas. De pronto tronaron los cañones de la semana grande, y la Facultad de Gotinga descubrió que se apelaba de las decisiones de su Colegio académico ante una instancia superior, y que no sólo la revolución especial de los franceses estaba aún inconclusa, sino que comenzaba una revolución aún más amplia. Cómo debieron espantarse estas gentes apacibles cuando, una mañana temprano, al asomar la cabeza por la ventana, contemplaron el derrumbamiento del Estado y de sus compendios, y, a través de su espeso gorro de dormir, las notas del himno marsellés percutían en sus oídos! En realidad, que en 1830 la bandera tricolor flameara algunos días sobre las torres de Gotinga, ha sido una broma de estudiante que la historia universal se ha permitido con los eruditos filisteos de Georgia Augusta. En esta época demasiada sería, se necesita alguna que otra aventura desintrestecedora de esta clase.

Ya es mucho a guisa de preparación de un artículo en que me ocuparé de esclarecer el pasado. El presente es lo más importante en este momento, y el tema que me ofrece es de tal naturaleza, que de él depende que pueda escribir más.